

## CUARTO PERIODO

### LAS GUERRAS PÚNICAS (264-201)

#### CAPITULO XIX

##### CARTAGO

###### I. - IMPERIO COMERCIAL DE LA RAZA PUNICA.

Mientras Roma avanzaba lentamente por la guerra desde el fondo del Lacio hasta el estrecho de Mesina, á la otra orilla del Mediterráneo, enfrente de Italia, á menos de 30 leguas de Sicilia, crecía por la industria y el comercio el poderío cartaginés.

Hoy, en un arenal desierto á cuatro leguas de Túnez, se ven dispersos fragmentos de columnas, las ruinas de un acueducto romano, algunas cisternas medio cegadas y en la mar restos de un muelle, que las olas han destruído: es todo lo que queda de Cartago (1). ... *etiam perire ruinæ*. Y sin embargo ha vivido gloriosamente dos veces, como ciudad púnica y como ciudad romana. Sus torres se eleva-

(1) «La ruina más considerable es la del grande acueducto que atravesaba el istmo y abastecía á la ciudad; á su extremo hay profundas cisternas que penetran paralelamente en el suelo. A poca distancia de las cisternas y dominando el mar desde una altura de 63 metros se eleva una colina, donde el rey Luis Felipe hizo construir una capilla dedicada á San Luis. Allí sin duda hay que buscar el emplazamiento de Birsá, la ciudadela de Cartago. M. Beulé (*Fouilles de Carthage*) hasta ha creído haber encontrado los cimientos de los muros en la falda de la colina; pero los resultados de sus excavaciones sobre este punto han sido vivamente combatidas por M. Davis (*Carthage and her remains*). El templo de la gran diosa de Cartago, Tanit, que los romanos llamaron sucesivamente Urania, Juno y la Virgen Celeste, ocupaba, según las narraciones de los antiguos autores, otra colina casi tan extensa como Birsá, de que no estaba separada más que por una calle baja. Se han encontrado en toda la extensión del espacio comprendido entre la capilla de San Luis y el mar, pero principalmente en los alrededores de la capilla, una multitud de ex-votos dedicados en lengua fenicia á Tanit y á Baal-Hammon, las cuales ofrendas deben de provenir del templo de esta diosa.

«El emplazamiento de los puertos da lugar á menos dudas: estaban al Sud de Cartago, y se abrían, no sobre el lago de Túnez, sino sobre la mar, enfrente del puertecito de la Goleta. Había dos puertos, uno tras otro; pero sólo una entrada daba acceso á ambos á dos. El primero que comunicaba directamente con el mar, era el puerto comercial; el otro, el puerto de guerra, era menor y circular, al rededor de un islote. Estos puertos habían sido tallados en la roca, como gran número de puertos fenicios, y estaban así defendidos lateralmente por un muro natural, y por la parte del Sud se cerraban con una cadena de hierro.

«Los fenicios llevaban su culto consigo: donde quiera que iban edificaban capillas ó consagraban en los templos de las divinidades extranjeras ex-votos á sus dioses nacionales. Así, en casi todas las factorías, se han encontrado vestigios del culto de Melkart y de Astartea, ó de Hércules y de Venus, como los griegos y romanos llamaron siem-

ban hasta cuatro pisos; su triple recinto se alzaba treinta codos, y tal era la solidez de sus muros, que alojamientos practicados en su espesor, podían abrigar 300 elefantes de guerra, 4,000 caballos y veinticuatro mil soldados, con provisiones, arneses y armas (2). Láminas de oro cubrían su templo del Sol, cuya estatua de oro puro pesaba, según dicen, 1,000 talentos; y en sus plazas, donde resonaban palabras pronunciadas en veinte lenguas, se encontraban el nímida y el moro, medio desnudos, el ibero vestido de blanco, el galo con su brillante sayo, el robusto ligur, el ágil balear, griegos buscando fortuna, nasamones y lotófagos, llamados de la región de las Sirtes, todos en fin, todos aquellos que iban á Cartago á vender su valor, á pagar sus tributos, ó á llevar á aquel gran depósito de todos los países cultos y bárbaros los productos de los tres mundos. En su último día, después de una lucha secular, aun contaba Cartago setecientos mil habitantes (3).

Esta ciudad no era sin embargo más que una colonia de otra ciudad, de Tiro, ciudad sin territorio, como Venecia ó Amsterdam, nave anclada en el mar, viendo desde allí pasar los conquistadores y las revoluciones. Tiro y Sidón eran

pre á estas deidades. Los *Portus Herculis*, *Portus Herculis Monaci* (Mónaco) y *Portus Veneris* no tienen otro origen.

«Las inscripciones cartaginesas nos revelan, además de los sacerdotes propiamente dichos, la existencia de *hieródulos* afectos al servicio de los diferentes templos y que debían de formar verdaderas cofradías. El templo era su familia; no tenían ascendientes: así, más de una vez, en las *estelas* se ve el nombre de la ciudad de Cartago en el lugar que de ordinario ocupa el del hijo ó abuelo del que hacía la ofrenda. También nos permiten las inscripciones sorprender las huellas de una organización religiosa, aparte del cuerpo sacerdotal: en dos ó tres textos se ven figurar los «diez hombres encargados de las cosas sagradas.» «Debían pertenecer á una especie de magistratura religiosa análoga á los centurios ó á los suetas. Finalmente, nos dan también á conocer los nombres de cierto número de suetas Aníbal, Magón, Bomílcar; pero estos nombres estaban muy dispersos, y la falta de fechas nos impide sacar ninguna consecuencia relativa á la historia de Cartago.» (Nota comunicada por M. Berger). Sobre las huellas ó vestigios dejados en Galia por Melkart, v. E. Desjardins, *Géographie de la Gaule romaine*, t. II, pág. 131 y sigs.

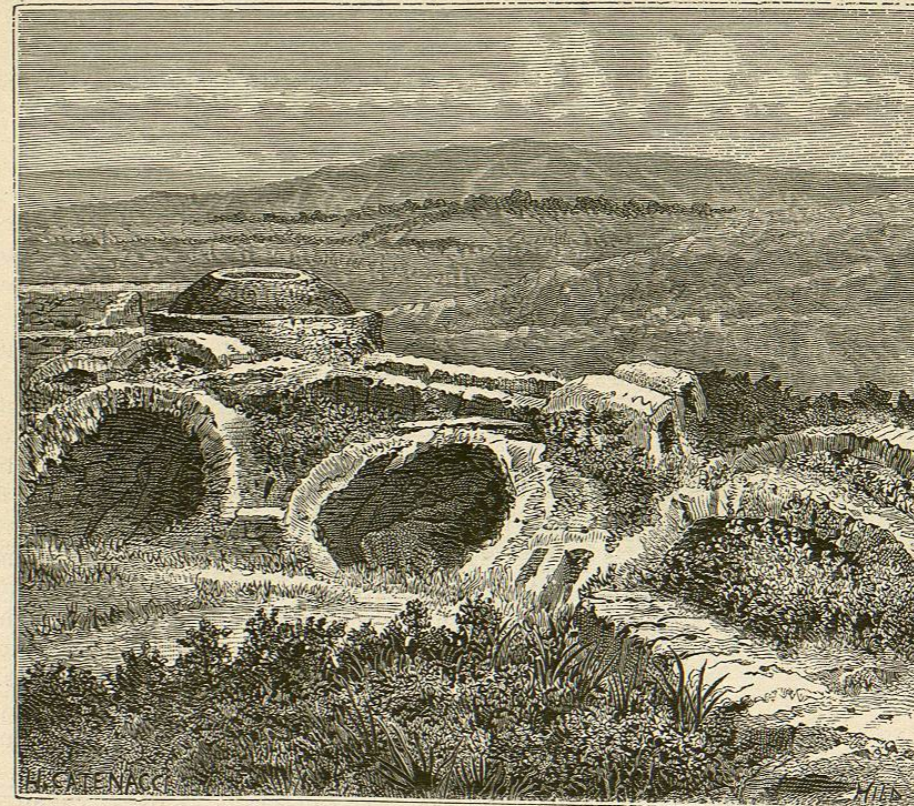
(2) El triple recinto de que habla Apianiano, no era acaso más que el muro exterior y los dos muros de casamatas separadas del primero por un camino cubierto, 30 codos = 13 m. 87.

(3) Su nombre púnico era *Kiriath-Hadeshat*, ó ciudad nueva, que probablemente se pronunciaría *Kart-Hadishat*, lo que explica el nombre griego *Καρτηνών*, ó el nombre romano Cartago.

las principales ciudades de un país, que estrechado entre el Líbano y el mar, apenas tenía una superficie de 240 millas cuadradas. Pero de los más pequeños países han salido las más grandes cosas: de la Ática, la civilización del mundo; de la Palestina, la religión de Cristo. Los griegos fueron los artistas, los pensadores y los poetas del antiguo mundo; los fenicios no fueron más que los comerciantes, pero con tanto aliento, perseverancia y habilidad que en la historia de la humanidad están considerados como uno de los pueblos civilizadores. En sus lejanos viajes, aquellos rebuscadores de oro, hubieron de encontrar lo que ciertamente no

buscaban: las artes y las ciencias de Egipto y de Asiria, que ellos se llevaron en sus caravanas y barcos. Ellos transmitieron á los griegos la escritura alfabética de los Faraoes, el sistema métrico de los babilonios, y doctrinas religiosas, procedimientos de arte que modificó felizmente el admirable genio de la raza amada de Minerva. Ellos enseñaron á los africanos y á los españoles la agricultura de la Siria y del valle del Nilo, y á todas partes llevaron ellos los productos de una industria adelantada que dió alientos y estímulos á la naciente industria de los países bárbaros.

Faltando tierra á los fenicios en su arena estéril, tomaron



Cisternas de Cartago (1)

el mar por dominio, cubrieronlo con sus flotas y sembraron colonias en todas sus costas; pero no á la manera de Roma, como fortalezas que aseguraran el poderío y la unidad del dominador, sino á la manera griega, como un derrame ó exceso de población abandonado á sí mismo y haciendo tanto mejor su fortuna. Hubo un tiempo en que al Mediterráneo pudo llamarse mar Fenicio. Resumiendo, como hace siempre la leyenda, resumiendo la antigua historia de un pueblo en la de un héroe mitológico, representaba los sucesivos progresos de la colonización fenicia por el viaje simbólico del dios Melkart. Arrastrando á sus huellas un poderoso ejército, el Hércules tiro había atravesado el norte del África, España y la Galia, Italia y Sicilia, domando naciones, fundando ciudades y enseñando á los ven-

(1) Estas cisternas situadas al Este de la ciudadela parecen haber tenido 140 pies de longitud, 50 de latitud y 30 de profundidad. Siendo ya insuficientes para la Cartago romana, hizo buscar Adriano fuentes hasta 110 kilómetros de distancia, en Zaghuan y en Djughar, y se construyó un gigantesco acueducto á través de montes y valles. Tenía una altura media de 35 metros y sólo una separación de 3 metros entre los pies de apoyo. Existe aún, por encima del Bardo, á una legua de distancia, una parte de arcada en una extensión de 7 á 800 metros. El canal que sostenía la fábrica era abovedado y bastante alto para que un hombre de buena estatura pudiera andar por él sin encorvarse (Sainte-Marie, *La Tunisie chrétienne*).

cidos las artes de la paz. La Cerdeña posee aún los extraños monumentos erigidos por aquellos colonos fenicios, los *Nuraghs*.

En el mar Egeo hubieron de retroceder los fenicios ante la belicosa raza, procedente de la Helade, y dejándole el norte del Mediterráneo sólo se reservaron el África y España. De Tiro á Cádiz, en una línea de 1,000 leguas, pudieron navegar las naves fenicias á lo largo de una costa sembrada de factorías suyas. Pero el Mediterráneo era demasiado estrecho para aquellos pocos millares de comerciantes, que se habían hecho los proveedores de las naciones, y sus caravanas y navíos visitaron las regiones más remotas del Oriente y del Mediodía: por el mar Rojo y el Océano Índico, fueron hasta las Indias, hasta Ceilán, y se establecieron en el golfo Pérsico; por la Persia y la Bactriana, penetraron hasta las fronteras de la China. El marfil y el ébano de Etiopía, el polvo de oro del África y del Asia central, los perfumes del Yemen, la canela y las especias de Ceilán, las piedras preciosas y los ricos tejidos de la India, las perlas del golfo Pérsico, los metales, los esclavos, las lanas del Asia Anterior, el cobre de Italia, la plata de España, el estaño de Inglaterra, el ámbar del Báltico, todas estas riquezas fueron á amontonarse á los mercados de Tiro. Pero no miremos al interior de aquellas ciudades, don-

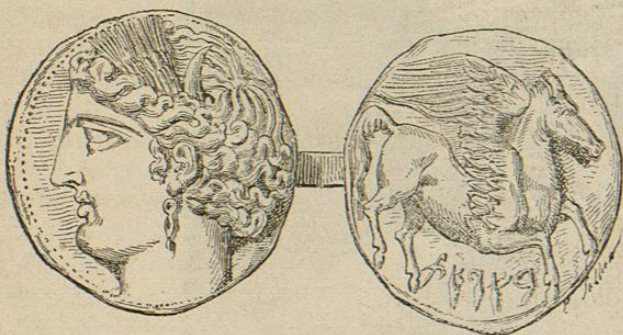
de con tantas riquezas se mezclaba tanta corrupción. Bajo la influencia de un clima ardiente y de una religión que reducía el problema del universo al de la fecundidad, sus solemnidades eran las fiestas lascivas de Astartea ó los gritos de dolor con que resonaban sus templos, cuando Moloch, el *rey horrible*, exigía que se le sacrificaran los hijos de las más nobles familias.

Cartago no era más que un anillo de aquella inmensa cadena que los fenicios habían atado á todos los continentes, á todas las islas y con que al parecer querían enlazar al mundo todo. Pero hay ciudades cuya sola situación las llama á un alto destino. Situada en aquella punta del África que parece ir al encuentro de Sicilia para cerrar el canal de Malta,



Moneda de Cádiz (1)

dominando el paso entre las dos grandes cuencas del Mediterráneo, Cartago vino á ser la Tiro del Occidente en proporciones colosales, porque el Atlas, con sus intratables montañas, no estaba, como el Líbano en Tiro, al pie de sus muros, cerrándole el paso, disputándole el espacio; porque no estaba cercada, como Palmira, por el desierto y sus nómadas; porque pudo, en fin, apoyándose en



Moneda de Cartago (2)

grandes y fértiles provincias, extenderse por el vasto continente tendido á su espalda, sin que la detuvieran en él poderosos Estados. Los griegos de Cirene contenidos, el interior del África recorrido hasta el Nilo y el Níger, el Senegal reconocido (3), España y Galia bien dispuestas, las Canarias descubiertas, América acaso presentida y anunciada á Cristóbal Colón por aquella estatua de la isla Madera, que con el brazo extendido, indicaba el Occidente: he aquí lo que hizo la colonia puesta por Tiro al pie del hermoso Promontorio.

Hubo un momento en que aquel imperio comercial de los hombres de raza púnica, con sus dos grandes capitales, Tiro y Cartago, se extendió, como mil años después el de los árabes sus hermanos, desde el Océano Atlántico hasta

(1) Cabeza de Hércules Melkart. En el reverso un pez y una leyenda púnica que se lee: *Mehali Agadir*, ó sea: Ciudadanos de Agadir. Moneda de plata. (Nota de M. Saulcy.)

(2) Cabeza de la niña Aretusa: en el reverso el Pegaso. La leyenda BARAT significa Pozos, y acaso más exactamente BI ARAT, á Arat, nombre púnico de Siracusa, que poseía la famosa fuente de Aretusa. Gran pieza de plata, acuñada en Sicilia ó en Siracusa. (Nota de M. Saulcy.)

(3) Encargado Hannon de reconocer las costas occidentales de África, se detuvo, faltar de viveres, en el 8º de latitud N, en el golfo de Cherbro, que él llamó Cuerno del Mediodía. Estableció colonias de hombres y mujeres en diversos puntos de la costa, entre la isla de Ceran y las columnas de Hércules. Tenemos aún la traducción griega de su *Periplos*; el de Himilcon, que fué también encargado de explorar las costas de la Europa occidental, se ha perdido.

el Índico. Pero esta dominación tuvo dos implacables enemigos: en el Oriente los griegos y en el Occidente los romanos. Con Jerjes, los navios fenicios fueron hasta Salamina; con Alejandro, aparecieron los griegos bajo los muros de Tiro, que destruyeron. Cuando edificaron á Antioquía y Alejandría, sofocada Fenicia entre estas dos ciudades, vió alejarse de su seno el comercio del mundo. Lo que Alejandro había hecho contra Tiro, Agátocles y Pirro procuraron hacer contra Cartago. Pero la Grecia mira al Oriente, donde tuvo su más hermosa historia; Pirro fracasó en el Occidente contra los colonos fenicios: era menester una mano muy fuerte para arrancar la Sicilia á los cartagineses.

## II.—CARTAGINESES Y LIBI-FENICIOS.—POLÍTICA COMERCIAL DE CARTAGO

Cartago, como Roma, había tenido los más oscuros comienzos, habiendo invertido cuatro siglos en fundar su poderío. No todos los nómadas eran nómadas, como parece indicarlo su nombre griego: muchos libios se entregaban á la agricultura; muchos también andaban errantes con sus ganados como nuestros argelinos. Cartago sometió á los unos y contuvo á los otros por medio de casamientos con que unió á sus jefes con las hijas de los más ricos ciudadanos. Fomentó el cultivo del suelo, y sus colonos mezclados con los indígenas formaron andando el tiempo un mismo pueblo con ellos, bajo el nombre de libi-fenicios (4). Pero las colonias romanas, siempre armadas, envolvían su metrópoli con estrecho cinturón. Los establecimientos de Cartago, todos sin murallas para que fuera imposible toda insurrección, no eran propiamente sino pueblos agrícolas, encargados de mantener la inmensa población de la capital, y abastecer sus mil navios y sus ejércitos. Así se nos presentan las ciudades cartaginesas: abiertas á todos los ataques y tan incapaces de defenderse contra Cartago, como contra sus enemigos. Espoleto, Casilino, Nola y las inexpugnables ciudades de la Italia central, salvaron á Roma resistiéndose á Aníbal; mientras doscientas ciudades se entregaron á Agátocles en cuanto este guerrero puso el pie en África (5).

El senado había favorecido la mezcla de sus colonos con los libios (bérberes); pero el pueblo que salió de aquí fué considerado como una clase inferior, mantenido lejos de los honores y del mando, vigilado, tratado como raza enemiga y por lo mismo impelido á la sublevación. La historia de Mutino y de la guerra de los mercenarios muestra á la vez la falta de Cartago y su castigo. En Roma llegó á ser cónsul Mutino; en Cartago fué insultado, proscrito, y obligado á hacer traición para salvar su cabeza.

Cartago había sido precedida ó seguida por otras colonias: Utica, Hipona, Adrumeto, las dos Lebedas (Leptis), á las que se impuso haciéndolas reconocer su supremacía,

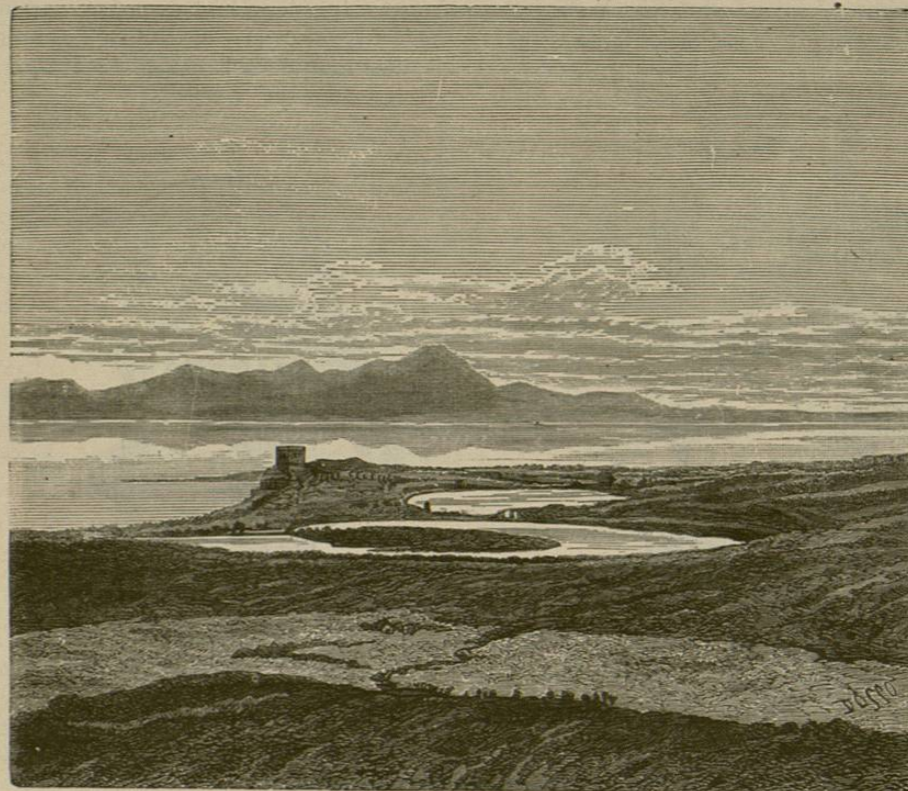
(4) Arist. *Pol.*, VI, 3. Nótese que entre los cartagineses y los africanos había una diferencia de origen, de lengua y de costumbres, que no existía á lo menos en el mismo grado entre Roma y los italianos, aun admitiendo la famosa narración de Procopio (*De B.* V, 11, 20) sobre la presencia de los canaños en África, es decir, de hombres de lengua y raza fenicias, antes del arribo de las colonias de Tiro y de Sidón. En Italia la fusión era posible; en África no lo era sino por la raza intermedia de los libifenicios, que se formó lentamente y no tenía los mismos intereses que Cartago. Como los ingleses en la India, los verdaderos cartagineses fueron siempre extranjeros en África. En Tito Livio los enviados de Masinisa se lo reprochan.

(5) *Dod.*, XX, 17

menos á Utica, que pudo conservar su independencia. No teniendo ya que temer su rivalidad, habiéndose sometido los nómadas, vecinos de su territorio, teniendo á los demás divididos con su política ó con su oro, tuvo toda libertad para extender su imperio marítimo. Hija de una ciudad mercantil, no amó Cartago más que el comercio, ni hizo la guerra sino para abrirse mercados, para asegurar la explotación de ricos países, ó para destruir imperios rivales.

Los griegos y los fenicios compartían una de las dos grandes cuencas del Mediterráneo, y Cartago quiso poseer la

otra. La Cerdeña, Córcega y las Baleares dominan su navegación y Cartago se apoderó de ellas. Sicilia estaba mejor defendida por los griegos de Siracusa; Cartago los cercó allí tomando posición en Malta donde mantenía 2,000 hombres de guarnición, en Gaulos, en Cosura, que allí tocan en las islas Egatas, en las Liparias, que dominan el litoral del O. y del N., en la Sicilia misma, donde acabó por ocupar las dos terceras partes de territorio. Allí, donde reinó como soberana, duras leyes, como han escrito siempre hasta nuestros días los comerciantes, pesaron sobre los vencidos. Mientras al rededor de sus muros condenaba á los libios á labrar



Puertos de Cartago (1)

por su cuenta, prohibía, si hemos de dar fe á los griegos, prohibía á los habitantes de Cerdeña, so pena de la vida, el cultivo del suelo (2). En el África, cuya tempestuosa costa había asegurado con sus numerosas factorías, en España donde las antiguas colonias fenicias le servían de depósitos, se prevalía de la ignorancia de los bárbaros para hacer con ellos ventajoso tráfico. No perdía tiempo ni fuerzas en conquistarlos, ni en civilizarlos; prefería crearles necesidades é imponerles cambios onerosos; tomando por ligeras telas fabricadas en Malta el polvo de oro del africano, ó la plata del español; ganando siempre sobre todo y con todos.

Los etruscos, los mesalotas, Siracusa, Agrigento y las ciu-

(1) «Los puertos de Cartago estaban situados al S. E. de la capilla de San Luis, en el punto en que se encuentra la quinta del Bey. Los dos lagos que se ven actualmente no son restos de los puertos, sino un ensayo de restauración intentado hace algunos años por el hijo del primer ministro.» (Sainte Marie, *la Tunisie chrétienne*.)

(2) *Auct.* de Mirab., 104. Es un error. Cerdeña suministraba mucho trigo á las flotas y á los ejércitos de Cartago (*Diod.*, XIV, 63, 77). Pero los cartagineses hacían correr esta voz para alejar las naves extranjeras de la isla que habría provisto á Cartago, si la guerra ó una sublevación la hubieran privado de los trigos de África. En el primer tratado con Roma, los romanos podían traficar con Cerdeña; en el segundo se retiró esta autorización (*Polib.*, III, 22-24).

dades griegas de Italia le hacían ruda competencia. Contra los unos, encendió el odio y la ambición de los romanos (tratados de 509, de 348 y de 276); contra los otros, acaso armó ella á los galos y ligures, ó bien ocultaba misteriosamente el rumbo seguido por sus navios. Todo barco extranjero, sorprendido en aguas de Cerdeña ó hacia las columnas de Hércules, era apresado al abordaje, y si quedaban á vida algunos tripulantes, eran arrojados al mar.

Después de las guerras Púnicas fué preciso modificar este singular derecho de gentes, como lo llama Montesquieu. Viéndose perseguido un barco cartaginés en el Atlántico por una galera romana, prefirió irse á fondo antes que mostrarle el derrotero de las islas Casitéridas (las Sorlingas) (3). El amor del lucro se llevaba hasta el heroísmo entre los cartagineses.

Y, cosa extraña, la mayor potencia comercial de la antigüedad, parece haber permanecido mucho tiempo sin acuñar moneda propia de oro ni de plata; á lo menos las medallas de plata y oro que poseemos de la Cartago púnica, hubieron de salir todas de los talleres monetarios que tenía

(3) *Strab.*, III, pág. 176. Habiéndose salvado el patrón del barco, hubo de indemnizarlo Cartago, dándole á expensas del tesoro público todo lo que había perdido.

establecidos en Sicilia y donde trabajaban por su cuenta artistas y operarios griegos. Siracusa misma se las fabricaba, á juzgar por la belleza del tipo y por la imagen de la ninfa Aretusa. Estas monedas ni aun pertenecen al sistema ponderal á cuyo tenor se tallaron las verdaderas monedas púnicas (1).

Sin embargo, Cartago las tuvo en el tiempo de su independencia; pero, siguiendo el uso de Egipto y del Asia Anterior, hacía sobre todo sus cambios por medio de lingotes ó barras, como la China hace todavía los suyos, y por el truco, ó con pedazos de cuero que, llevando el sello del Estado, hacían el oficio de nuestro papel moneda. Este uso debe tanto menos sorprendernos, cuanto que se encuentra algo análogo entre los asirios, de los cuales tanto tomó la Fenicia (2).



Figurones que se colocaban en la proa de los navíos púnicos (3)

guerra, y á tus muros colgaron para darte honor, sus cascos y sus escudos» (4). Cartago tuvo pues mercenarios. Se compraron caballos y navíos cuyas proas se armaban con disformes figuras de espantables enanos para intimidar á las gentes, y se compraron también hombres, y desde los Alpes y los Pirineos hasta el Atlas ¡había tantas espadas que vender! Cada una de las numerosas factorías cartaginesas vino á ser una bandera de enganche: los precios eran bajos, porque la concurrencia era mucha entre aquellos bárbaros ávidos y pobres que cercaban los estrechos límites de las posesiones púnicas. Por otra parte Cartago hacía bien las cosas: embarcaba á las mujeres, á los hijos y hasta los efectos de sus mercenarios, porque venían á ser así otros tantos rehenes de su fidelidad, ó herencias para el tesoro en el caso de

(1) Lenormant, *La Monnaie dans l'antiquité*, t. I, pág. 266. El autor entiende que Cartago no comenzó á acuñar monedas de oro en su propio recinto hasta los años de 350.

(2) Desde el siglo IX antes de nuestra era tenían los asirios tejuelos de arcilla, que eran verdaderas letras de cambio, y dispensaban á los negociantes de Babilonia y de Ninive del embarazoso y á veces arriesgado transporte de las especies metálicas (Lenormant, *Ibid.*, t. I, p. 113).

(3) Puede suponerse que Cartago seguía el uso de Tiro y de Sidón, que colocaban enanos monstruosos en las proas de sus barcos. (Museo Napoleón III, pág. 19)

(4) XXVII, 10.

### III. - MERCENARIOS.

Para dar á su comercio extensión y seguridad, para ser señora de los mares, no necesitaba Cartago más que la tranquila posesión de las islas y del litoral. Por restringidas que fueran estas pretensiones, eran menester ejércitos para realizarlas. Pero desde el momento en que la guerra no es más que un negocio de comercio, un medio de asegurar el reembolso de los fondos y la colocación de las mercancías, ¿por qué no habrían de pagar soldados los comerciantes, como pagan factores y dependientes? Venecia, Milán, Florencia, todas las repúblicas italianas del siglo XV, tuvieron sus *condottieri* é Inglaterra los ha comprado muchas veces. Era un uso fenicio. «Los persas, los lidios y los hombres de la Libia, dice Ezequiel á la ciudad de Tiro, eran tus gentes de

una campaña desastrosa. A nadie se rechazaba, ni al hondo balear (5), ni al jinete nómada, armado con su escudo de piel de elefante y cubierto con los despojos de un león ó de una pantera, ni el peón ibero, ni el galo, ni el griego, que se podía emplear en todo y para todo, espía, marino, constructor y, caso necesario, general

Cuanto más razas diferentes había en un ejército cartaginés, tanto más tranquilo estaba el senado, pareciéndole imposible una sedición entre tantos hombres que no podían comprenderse. Por otra parte, el general, sus principales oficiales y su guardia, que se llamaba el *batallón sagrado* (6), eran cartagineses, y los senadores tenían siempre cerca de él algunos colegas para cerciorarse de que todos ellos ganaban bien su sueldo. El amor de la gloria y de la patria, la abnegación con el Estado, todos aquellos nombres que hacían milagros en Roma era cosa desusada en el senado de Cartago. Allí se hablaba mucho de ingresos y de gastos, muy

(5) Conocida es la fama de los honderos. Estrabón dice (III, pág. 168) que los baleares no daban pan á sus hijos, sino poniéndolo en un blanco en que estos debían dar con la piedra de la honda. Floro (III, 8); Licofronte (Alex., 637), y Diodoro (V, 18) dicen lo mismo.

(6) Para el ciudadano cartaginés el servicio militar era tan meritorio que quería guardar siempre su recuerdo. La ley entendía que tomar la espada era ya una hazaña, y autorizaba al ciudadano á llevar tantos anillos como campañas había hecho. (Arist., *Polít.*, VII, 2, 6.)

poco de honor nacional: así los recursos del país se estimaban sólo por los del tesoro. Mientras estaba lleno, se gastaba en soldados con indolente prodigalidad; pero cuando se agotaba, se retrocedía ó se trataba: era un mal negocio. Pero el negocio salía bien; entonces muy luego se cubrían los desembolsos, y se olvidaban los mercenarios muertos en la empresa. ¿Qué importaba que hubiera cuarenta ó cincuenta mil bárbaros menos en el mundo? Estos mercenarios podían hacerse peligrosos; pero se sabía el medio de librarse de sus exigencias: recuérdense los cuatro mil galos entregados á la espada de los romanos, la tropa abandonada en la isla desierta de las Osamentas y Jantipo, que pereció acaso como Carmañola.

Semejante sistema era bueno en tanto que sólo se trataba de expediciones lejanas, pero desde el momento en que la guerra se acercó á sus muros fué segura la perdición de Cartago. Habiendo confiado los ciudadanos á sus mercenarios el cuidado de defenderlos, hubieron de encontrar pocos recursos en sí mismos, cuando se encontraron solos enfrente del enemigo. Aunque hubieran tenido un senado capaz de enviar á los romanos que habían pasado al África la respuesta de Apio al rey de Epiro, no habrían podido hacer tampoco de sus mancebos de tienda los legionarios de Asculo y de Benevento. Las armas necesitan una multitud de virtudes y la guerra, mala y todo como es, da á un pueblo militar cualidades que no se conocen lejos de los campamentos. Como los judíos y los tirios, sus hermanos, los cartagineses no supieron combatir hasta su último día; pero como ellos también, en la hora suprema fueron heroicos.

### IV. - CONSTITUCIÓN

Por lo demás, los mercenarios no aparecen sino en las épocas de decadencia: en Grecia, después de Alejandro; en el imperio romano después de los Antoninos; en la edad media, después de la liga lombarda. Cuando Roma y Cartago se encontraron, así lo dice Polibio (1), la una estaba en toda la fuerza de su robusta constitución, y la otra había llegado á esa vejez de los Estados en que debilitado el organismo, no está ya dirigido por una voluntad enérgica. La tesis de los méritos de la pobreza ha caído con las declamaciones sobre la virtud de la edad de oro. El pobre no es necesariamente un buen ciudadano, ni el rico un ciudadano malo; pero la riqueza como la miseria, puede ser también mala consejera.

Ahora bien, había en Cartago demasiada opulencia y muy poco de ese lujo del espíritu que eleva el alma por encima de la fortuna. Aquella gran ciudad tuvo hábiles negociantes, audaces viajeros, consejeros prudentes y generales incomparables; pero no se le conoce un poeta, ni un artista, ni un filósofo (2). Bastará ver la reproducción que damos de algunos ex-votos encontrados en Cartago para

(1) Polib., VI, 51.

(2) A pesar del lujo de los templos y palacios, el arte no fué en Cartago ni en Tiro más que una importación extranjera. En el templo de Melkart en Tiro, donde Herodoto (II, 44) vió una columna de oro y otra de esmeralda, no había ninguna imagen del dios, y lo mismo sucedía en el templo de Gádex.

... Nulla effigies, simulacra nota deorum  
Majestate locum implevere timore.

(Sil Ital. Púnica, III, 30.)

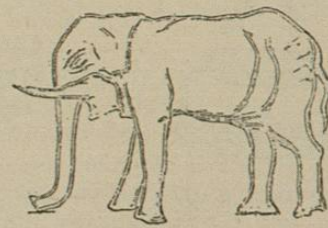
Libros sí había en Cartago, puesto que el senado los dió á Masinisa, y Salustio también los vió (*Jug.*, 17); pero sólo queda el tratado de Magón sobre agricultura. Se ha creído que el escultor Boethos era cartaginés; pero las mejores ediciones de Pausanias traen la lección *Καλαϊθόνιος* en lugar de *Καρχηρόνιος*, lo que hace de Boethos un griego de Calcedonia (V. Pausanias de Didot, V, XVII, 4). Se hace

juzgar que, fiel á su origen, aquel pueblo no tuvo más arte que su metrópoli. Obraba mucho, no pensaba, y su religión, licenciosa y sanguinaria á la vez, y por lo mismo muy tenaz, no ejercía ninguna influencia moral en la vida privada, ninguna acción útil en el gobierno, mientras la religión de los romanos inspiraba las buenas costumbres, y quería que sus sacerdotes, casi todos magistrados ó senadores, no hablaran en nombre del cielo sino para dar más eficacia á la prudencia política.

Los romanos pillaban al enemigo, pero no pillaban al Estado; en Cartago, sobre todo en sus últimos tiempos, todo estaba en venta y se vendía todo, así las dignidades como las conciencias. Dando la riqueza el poder, los honores y placeres, ningún medio de adquirirla, aunque fuera la fuerza ó la astucia, parecía ilegítimo. «Entre los cartagineses, dice Polibio, no hay vituperio en enriquecerse de cualquier manera... Las dignidades se compran.» Aristóte-



Granado (exvoto) (3)



Elefante (exvoto) (3)

les afirma también que solamente los ricos llegaban á los honores. Cartago amaba el oro; lo poseyó en abundancia y murió enteramente el día en que lo perdió: *repperunt mercedem suam*.

Aristóteles, sin embargo, pondera la excelencia de su gobierno (4). Era una constitución mezclada de monarquía, aristocracia y democracia, pero sin que hubiera entre estos poderes el justo equilibrio que constituye la ventaja de esta clase de gobiernos: en el fondo, dominaba la oligarquía. Dos sufetas (*schofetim* ó jueces) escogidos en el seno de las familias privilegiadas y nombrados de por vida por la asamblea general, eran los primeros magistrados de la república, á quienes dan el nombre de reyes escritores griegos y romanos (5). Después de ellos, seguía el senado donde tenían representantes todas las familias ilustres. Para facilitar la acción del gobierno concentrándola, se había sacado del seno del senado el consejo de los centurviroes ó de los ciento cuatro, según Aristóteles. Estos hubieron de usurpar poco á poco el poder; de modo que los sufetas, nombrados

también cartaginés á Clitomaco, uno de los jefes de la nueva academia; pero vivió mucho tiempo en Atenas y allí sucedió á Carneades en 129. Todavía enseñaba en 111 (Cic., *de Orat.*, I, 11) y se siguen sus huellas hasta el año 100. Era un griego, á lo menos de educación, como otro cartaginés, Terencio, fué romano.

(3) Sacado de una estela del templo de Tanit. Estando el granado consagrado á Adonis, esta representación indicaría alguna relación entre el culto de Tanit y el de Adonis. Estos dos dibujos prueban más habilidad de mano en la reproducción de los animales y de las plantas que en la de la figura humana.

(4) Arist. *Polít.*, II, 8, escribió hacia 330. Cicerón también dijo: *Nec tantum Carthago habuisset opum sexcentos fere annos sine consiliis et disciplina (de Rep., I, fragm. incomp., 3).*

(5) Corn. Nep., *Annib.*, 7. Aristóteles (*Polít.*, II, 8) los compara con los reyes de Esparta y los llama Βασιλείς. Tito Livio (XXX, 7) los asimila á los cónsules. Zonar., VIII, 8. Gádex tenía dos sufetas (Tito Livio, XXVIII, 37) y lo mismo probablemente sucedía en las demás colonias fenicias ó cartaginesas